

Armando Romero

Notas entre el viaje y la escritura

Dos acciones he tratado de conciliar siempre, el viaje y la escritura. Creo que son dos formas de una misma realidad significativa. El viaje, el desplazamiento físico por la geografía, es una forma de escritura corporal que busca descifrar, al mismo tiempo que componer, un signo que nos pertenece, algo único. Esta idea la han manejado bien los antiguos viajeros, y en nuestra época moderna la resuelve Borges con gran elegancia. El viaje está ligado a la curiosidad, a la necesidad de ver lo que se transparenta detrás y delante de una realidad desconocida. Los indios de Mesoamérica hablaban de la dualidad, de lo que vuela y lo que se arrastra, y también hacían un dios con la idea de lo que está junto a nosotros y al tiempo, lejano. Esta concepción dual de lo que informa nuestro ser como parte de lo sagrado creo que refleja bien la figura del viajero. El poeta Juan Sánchez Peláez hablaba de "lo huidizo y lo permanente". Viene a ser la misma idea proyectada en un lenguaje que nos es más cercano. Descartes, racional y estático, decía que sólo el viaje, el conocer tierras y gentes, podía darle al hombre el conocimiento. Esto no quiere decir la felicidad. Porque el viajar puede ser una forma del gozo, del placer, pero no es sinónimo de felicidad. La felicidad, a mi juicio, está más cerca de lo que niega el viaje, de la permanencia.

La escritura, ese viaje por la página en blanco, es también otra forma del ir. La escritura, llámese prosa o poesía, es un continuo viaje no sólo por la página, por ese abrirle surcos con la pluma, sino por las palabras mismas, que en su ordenación, e incluso en su desorden, forman islas, archipiélagos, continentes, suben al cielo como volcanes o se extienden como mares, fluyen como ríos o se estancan como lagos. La palabra nos permite construir un paisaje que no por imaginario deja de ser real, y gracias a su doble carácter de sonido y sentido, nos permite vivirlo intensamente, aprehenderlo con nuestros sentidos.

Entonces el texto, que depende íntimamente de lo temporal, de la sucesión, deviene espacio, terra incognita, locus amenus. Y allí están también el gozo, el placer, como lo entendía Roland Barthes.

Ahora bien, otra forma del viaje, presente en mi escritura, es el sueño, constante de toda literatura es cierto, y más desde que nos hicimos románticos por naturaleza. Pero no es sólo la transposición del sueño como base de la escritura, es decir, el hacer del poema o la prosa un receptáculo de esas aventuras que recorreremos, habitamos por las noches. Es más bien la creación del sueño en la vigilia, el obedecer más que a sus imágenes, a la ordenación de sus símbolos, de sus formas metafóricas. Entonces la idea es crear el sueño, pero al crear el sueño no sólo creamos lo fantástico, lo absurdo, si se puede llamar así a lo que no nos presenta un orden racional, sino creamos también lo real, lo que apreciamos con los ojos abiertos, y que también depende del sueño en sus formas propias. Se presentan entonces dos posibilidades en el existir: vivir lo real a través de las coordenadas del sueño, lo cual crea un mundo ilusorio, mágico, donde podrían aposentarse lo extraño, los otros lados del espejo, piel y carne de los laberintos, del orden dentro del desorden. Y eso yo lo veo en algunos de mis cuentos, así como en algunos de mis poemas. Pero también está la otra posibilidad, que frecuento con mis textos: la que a partir de lo real crea el sueño, es decir, la que hace de la literatura una máquina que produce realidades oníricas, ya sean éstas fantásticas o reales. Y es en este juego de la realidad y lo onírico donde encontramos a veces el ángulo de lo maldito, que yo preferiría llamar lo oscuro, lo que se escapa y se interna en lo desconocido, lo que nos tienta a romper con los moldes de la sociedad, y a veces de nuestra propia humanidad. Este es un viaje muy peligroso. Yo lo sé de cierto.

Realmente yo me he identificado toda la vida más con la poesía que con la prosa. Pero mi historia de escritor empieza con narraciones. Escribí cuentos antes de emprender el camino de la poesía. De allí que el tono lírico, no narrativo del poema, me sea más difícil, y a veces esquivo. Sin embargo el poeta y el narrador conviven bien en la medida en que ya desde los orígenes la poesía en Occidente fue narrada, la lírica pura es posterior, y la pureza extrema de un Mallarmé o un Valéry es algo moderno. He enfrentado siempre el hecho de la poesía y la narrativa como algo vital, relacionado con mi ser y sus necesidades. Los límites en mi caso son muy borrosos, y esa es mi felicidad pero no lo es tanto para los editores, que ven en mi narrativa demasiado engolosamiento poético y en mi poesía un prosaísmo manifiesto. Indudablemente en un mundo como el actual, que quiere ver las cosas sólo en blanco y negro, esto no es muy apetecido. Sin embargo yo no le presto atención porque creo en la infinita libertad creadora. Para mí lo prioritario son mis necesidades vitales, no los requisitos que implica el comercio o la moda. Ahora bien, la convivencia de estas dos formas se resuelve en la unicidad de la palabra y en sus posibilidades de desdoblarse como signo.

La presencia de Álvaro Mutis, y por ende de Maqroll, ha sido fundamental en mi vida. Su obra y su amistad es algo que aprecio infinitamente. Sin embargo creo que mi deseo por el viaje y la aventura están ya desde mi niñez clavados en el centro de lo que soy. Desde muy niño me encuentro soñando con viajes, inventado aventuras que buscan el mar, la salida. Y hay otros personajes, ligados a mi infancia, que vienen a alimentar estas fantasías. Uno de ellos es mi tío político, Armando Robledo. He hablado muy poco de él, a la verdad, aunque a su memoria dediqué mi libro de poemas *A rienda suelta*. Era un hombre muy especial, que vivió a fondo la vida del mar montando aserríos en la costa del Pacífico, en un sitio mítico para mí que se llama Cajambre. La costa del Pacífico colombiana no tiene nada que ver con el estereotipo del

mar azul y bello del Caribe. Por lo contrario, el agua es de color marrón debido a la cantidad de ríos que descienden turbulenta y majestuosamente de la cordillera occidental de los Andes. Es una zona selvática, insalubre, casi impenetrable. Está poblada principalmente por negros que huyeron de las plantaciones de azúcar o fueron llevados allí por los colonizadores para buscar oro. Con estos negros mi tío levantó aserríos de alta producción. Uno de ellos, en las bocas del río Cajambre y el Timba, fue construido sobre una isla artificial que ellos hicieron con los desechos de la madera. Allí estuve yo cuando era muy joven, antes de poner en palotes lo que viene a ser mi literatura. Son estos ríos, estas lanchas a motor, estas noches en la selva, estas gentes con sus historias, esa proximidad al peligro, las que poblaron mi imaginación mucho antes de que apareciera Maqroll, que por increíble coincidencia es un habitante de estas zonas también. Así, a través de esta experiencia, se puede entender con mayor claridad mi afecto por Mutis y por su visión de esta América insalubre, peligrosa y maravillosa a la vez. Recuerdo que cuando le conté estas historias, allá a principios de la década del 70 en México, él no lo podía creer y decía alborozado: "¡Esa es mi gente, carajo, esa es mi gente!".

Creo que el paisaje hace al poeta, ya sea éste interior o exterior. En el caso de mi poesía yo encuentro dos tipos de paisaje exterior: un paisaje un tanto desolado, citadino y polvoso, y un paisaje de la aventura, ése como visto por la ventanilla de un tren.

Debo enfatizar lo importante que han sido para mí Álvaro Mutis desde el ángulo colombiano y Blaise Cendrars, el poeta de "prosa del transiberiano", desde el europeo. Debo agregar aquí a Henry Miller, escritor que sigo considerando vital para entender el siglo XX. Pero también debo mucho a los surrealistas, no sólo los europeos sino los latinoamericanos. Ya desde joven fui un buen lector de Enrique Molina, de César Moro y de Octavio Paz, aunque frecuenté a Neruda, el de las

Residencias y a Huidobro. Y por supuesto a Borges, que yo defendía como poeta cuando todo el mundo consideraba que era un magnífico narrador y ensayista pero no buen poeta. Por otro lado, fue una afortunada circunstancia para mí coincidir en tiempo y lugar con una serie de escritores y poetas colombianos que me enseñaron a leer, algunos de ellos, me aconsejaron magníficas lecturas, otros, o me acompañaron en esos años de aprendizaje. Mis lecturas de joven fueron monstruosas, tanto así que no había cumplido 20 años y ya Gonzalo Arango me acusaba de erudito. Imposible resumir tantos libros en estas líneas. Era toda la literatura universal al alcance. Yo devoraba una por una las bibliotecas de mis amigos y las de la ciudad. La lectura era para mí, siempre lo ha sido por lo demás, una forma del paraíso. Y desde entonces los libros se convirtieron en mis compañeros de viaje. En mi biblioteca aquí en Cincinnati veo libros que me han acompañado por todos los sitios en que he vivido. Hace poco terminé de releer un librito muy bello de André Gide, *Así sea*, que está fechado por mí en 1962, y en Cali. Esto para mí es muy importante porque he viajado bastante, como se sabe.

Cada libro, cada autor, representa un mundo al que me adhiero, al que visito con toda clase de mapas, compases, brújulas, y que luego vivo por mis días. Valga el caso de Proust. Casi no pasa un día de mi vida en que no piense en él, reflexione sobre algunos de sus pasajes que recuerdo de memoria, lo mismo Kafka, Joyce. Sin embargo es la poesía mi diario alimento también. Tengo una gran devoción por mis amigos poetas, ya sea que los haya conocido en vida o no, que estén muertos hace miles de años o que apenas estén dando sus primeros pasos.

El Nadaísmo fue un movimiento muy importante no sólo para Colombia sino para América Latina, ya que despertó en Colombia, y por contagio en otros países, una respuesta necesaria para dejar atrás de una y para siempre un pasado literario que nos agobiaba por falta de una vanguardia literaria más incisiva, más beligerante. En

muchos países de nuestra América se habían empotrado grandes nombres que oscurecían el panorama general, y era necesario sacarlos de esos nichos sagrados. Y gracias a esta necesidad, surgieron el Nadaísmo, "El techo de la ballena", los "tzantzicos", la gente de "Los huevos del plata" en Uruguay, "El Corno Emplumado" en México, los "mufados" argentinos, y todos los otros poetas y escritores que sin un grupo particular participaron de este esfuerzo continental de rebelión y poesía en la década del 60. Fue un momento muy especial y, en cierta manera, muy hermoso, a pesar de que se cometieron injusticias, etc. Indudablemente que no se puede hablar de calidad literaria porque eso es parte de otro análisis. Para mí el Nadaísmo fue muy importante, siempre lo he dicho, y ahora lo repito. Los poetas nadaístas de Cali, Jotamario, Jaime Jaramillo, Alfredo Sánchez, así como en Bogotá Gonzalo Arango, Eduardo Escobar, fueron grandes presencias en mis años de iniciación literaria. Sigo siendo fiel a su amistad, aunque algunos estén ya del otro lado de la existencia. Ahora bien, mi posición dentro del Nadaísmo fue muy particular porque fui, junto con Jan Arb, de los últimos en formar parte del grupo, y en el año 1967 ya me empecé a distanciar del movimiento cuando me fui en un recorrido por Suramérica que terminó en Venezuela, donde me quedé por diez años. Prácticamente desde el año 1969 nunca regresé a Colombia para vivir. Esta circunstancia me distanció del movimiento, y permitió que hoy muchos en Colombia no me vean como integrante de él, más bien como un poeta independiente de todo grupo, solitario. Y en parte tienen razón. Pero por otro lado, ser nadaísta es lo que era mientras estuve en Colombia. Yo me acerqué al Nadaísmo en el año 1960, cuando tenía 16 años, y en el año 1961 publiqué mis primeros trabajos en la revista nadaísta "Esquirra", que dirigía Alfredo Sánchez. Así que siempre fui nadaísta en Colombia. Hoy en día, amigos y poetas tan maravillosos como Jotamario y Jaime Jaramillo Escobar, me hacen sentir orgulloso de ser, o haber sido, nadaísta.